



CAPITULO DECIMO OCTAVO.

Bordeaux.—Oficina para los equipajes.—Trasborde en Dax.—Puyoo.—Panorama de Lourdes.—Hotel.—Iglesias.—Plaza.—Enfermos el Ilmo. Sr. Fierro y el Sr. Canónigo Romero.—Agradable impresión.—Procesión.—Gruta.—Reliquias.—Partida.—Bayona.—Irún.—Aduana.—Trasborde.—San Sebastián.—Cambio.—Palacio de la Reina.—El Sr. Arcipreste.—Zumárraga.—El Tío Marcelino.—Loyola.—Convento.—Regreso.—Estación del Ferrocarril.—Partida.—Pamplona.—Trasborde.—Zaragoza.—Basilica.—Tesoro.—El Padre Gonzalitos.—El Padre Delgado.



LAS diez y media de la noche, hora señalada según itinerario, silbaba la locomotora y anunciaba su puntual partida, poniéndose luego en movimiento; y como era de noche y las tinieblas se habían apoderado de la ciudad, la perdimos luego de vista. Toda la noche caminamos, y á las nueve de la mañana del día siguiente, lunes por cierto, en medio

de un fuerte aguacero llegamos á Bordeaux, dirigiéndonos luego á una oficina que hay allí mismo, como en todas las principales estaciones, donde guardamos nuestros equipajes y donde pueden guardarlos todos los que gusten, mediante la pequeña suma de diez céntimos, ó sean dos centavos de los nuestros, sin incluir el cambio respectivo, ó mejor dicho, se dan al encargado dos monedas semejantes á los centavos, y que cada una equivale á cinco céntimos por cada bulto. Una vez entregado dan un boleto y con él se presenta uno á recogerlo cuando gusta, lo cual es de mucha conveniencia para el peregrino, y le evita muchas molestias.

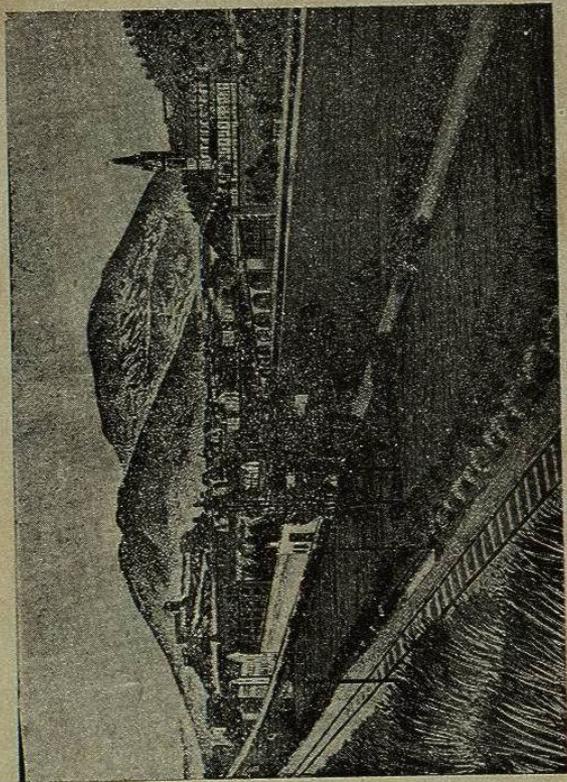
Después nos dirigimos á una fonda que está situada en frente, donde nos entendían perfectamente, merced al mesero que era español; nos sirvieron luego un buen desayuno, y después, con el deseo de tomar el famoso vino de Bordeaux, mandamos preparar un tanto de carne así como unos huevos, los que tomamos acompañados del bueno y exquisito vino. Pagamos los cuatro francos que nos cobraron por persona y luego el Padre Vilchis se aseó un

poco, siguiendo su ejemplo también nosotros.

No fué posible ni aun con la ayuda de los carruajes ir á conocer el interior de la población, que parecía ser de importancia, por la mucha agua; por lo mismo, aquí nos estuvimos hasta que se aproximaba la hora de partida. A las diez fuimos á recoger los bultos y luego á tomar nuestros asientos. A las once en punto daba la señal de partida la máquina y se puso en movimiento sin demora, habiendo almorzado antes como debe hacerlo todo viajero. A las dos de la tarde estábamos en la menos importante estación de Dax, donde nos bajamos porque había que trasbordar. A las dos y veinticinco minutos, según el meridiano de París, el que se me olvidaba decir tiene de diferencia con Roma cincuenta minutos y de ésta á Brindisi 15, partimos. A las tres y media llegamos á Puyoo, donde perdimos algún tiempo y el que aprovecharon los que aun no habían tomado alimento.

Después de descansar un poco, llegó el tren que nos había de llevar al término de nuestro viaje, y á las cuatro y media partíamos un poco cansados. Allí pudimos ya

ir platicando con algunos señores sacerdotes que nos acompañaban, siendo por lo mismo menos fastidioso el viaje. A las siete de la tarde vimos una preciosa cuevita, situada al margen de un primoroso río, la cual estaba alumbrada por muchas luces, y la que un compañero nos dijo ser la cueva de la Santísima Virgen de Lourdes. Diez minutos después llegamos, y bajando luego al andén, tomamos el coche del hotel de la Chapelle, el que al despachó nos condujo. Encontrámonos al entrar con una señorita muy bien educada, natural de Puyoo, pero que entiende perfectamente el español, la cual nos atendió luego y nos colocó en el segundo piso, señalándonos la cuota de ocho francos por persona, incluso todo el servicio, quedando sumamente complacidos, por lo cual lo recomendamos á las personas que visiten este célebre santuario. Acto continuo nos fuimos á ver la procesión que nos dijeron iba á tener lugar á las ocho de la noche, la que debía salir de la preciosa gruta donde reza la tradición se apareció la Madre Santísima á la jovencita Bernardita Louvirois. Mas era tarde y todo había pasado; sin embargo quedaron satisfechos



Panorama de Lourdes.

nuestros piadosos deseos, pues habíamos visto lo que más de una vez soñáramos. Doblamos las rodillas, ante la venerable imagen de María bajo el título de Lourdes y una lágrima se dejó aparecer en nuestras mejillas, pero lágrima de consuelo y de aquellas que misteriosamente traen la calma.

Estando muy cerca del centro esta preciosa cuevita, nos retiramos luego á cenar y después nos entregamos al descanso.

Al día siguiente, 10 de Marzo, nos fuimos á la iglesia y nos presentamos á un sacerdote que se encuentra en la que está situada en medio, quien vió nuestras licencias y nos permitió celebráramos durante los tres días que le dijimos íbamos á permanecer.

Con esto ya nos presentamos al sacristán y en el acto nos ministró ornamentos y todo lo necesario, teniendo la dicha de celebrar en el altar que en medio se encuentra situado y está dedicado á la Santísima Virgen, en la misma iglesia.

Debe saberse que inmediato al lugar donde se apareció la Santísima Virgen á Bernardita, es decir, junto á la gruta, hay una

amplia plaza ó jardín en cuyo centro se levanta una columna como de dos metros de altura, sobre la que descansa una imagen de la Santísima Virgen de Lourdes, y á sus lados están situados los hospitales.

En frente de este jardín se levantan esbeltas tres magníficas iglesias situadas una encima de otra. La que se encuentra hasta abajo está dedicada á la Santísima Virgen del Rosario y las otras dos á la de Lourdes. La de en medio está interiormente tapizada de presentes diversos que distintas naciones le han consagrado y sus agradecidos devotos le han donado. Allí pudimos ver un pabellón mejicano, cuyo origen no nos fué dado averiguar. En fin, de los muros nada se puede descubrir, porque todos están materialmente cubiertos. En el cuerpo de la iglesia, que es bien pequeño, se ven muchas bancas con su reclinatorio y genuflectorio, donde se arrodillan y descansan los que continuamente visitan este santo lugar. Toda la mañana se celebra el Santo Sacrificio de la Misa en los distintos altares ó capillitas que hay, pues son muchos los sacerdotes peregrinos que continuamente la visitan.

Luego que concluimos de celebrar el padre Vilehis, mi tío y yo, nos fuimos con mi hermana á la gruta, y en medio de la multitud que agrupada se encontraba cantando, rezando y hablándole á la tierna Madre con el corazón; pues allí sí hay fé, señores; aun no ha desaparecido, mentira; allí se ve lo que no es posible con la pluma dar á conocer. Vimos al Sr. Obispo Fierro que acompañado del Sr. Canónigo Romero adoraban también á la sin par y encantadora María y luego, llenos de entusiasmo, fuimos á saludarlos y desde entonces volvimos á ser compañeros hasta que el destino nos separara en el final de nuestra larga peregrinación.

Detuvimos en seguida en contemplar más de treinta carritos pequeños que conducían otros tantos enfermos, tullidos y visitados por Dios, por algunos males, que llenos de fé eran conducidos á la gruta de la Aparición, y era de ver, ¡oh mi Dios! la fé con que clamaban, rogaban, lloraban, pedían el remedio de sus males. Aquello era una escena que conmovía y convertiría al hombre más ingrato y de corazón más duro. Eran después conducidos á los baños

que con el agua que mana de esta gruta se forman y la que han conducido los RR. PP. que de estos lugares cuidan. Hay departamentos para señoras y caballeros y sólo de las 9 á las 11 de la mañana están dispuestos, y en la tarde de 3 á 5. Fuera de estas horas están cerrados y sólo los bitoques, que en número de seis se encuentran cerca de la gruta, están disponibles siempre para que tanto peregrino pueda tomar el agua y llevar la que guste.

Después que concluyen de bañarse los enfermos los conducen á los hospitales ó á donde están hospedados, repitiendo esta operación algunos días y pidiendo sin cesar, habiendo continuamente muchas milagrosas curaciones y conversiones, lo que hace aumentar más el número de romeros, así como la fé en esta Santísima Señora y al agua, que es el medio de que Dios se vale; pero se entiende que sobre todo por los ruegos é intercesión de su Hija predilecta la Madre de su Unigénito, alcanzan estos favores.

Como á las 10 sale la procesión de la gruta para la Iglesia del Santísimo Rosario, en medio de la valla que forman los pere-

grinos que continuamente visitan este célebre Santuario y llevan velas encendidas, son conducidos los enfermos, dando todo aquello un golpe de vista encantador y llenando de una gran fé á todo el que tiene la dicha de presenciar lo que sólo allí se ve. Estando nosotros allí llegó una peregrinación francesa, compuesta de algunos centenares de romeros que por cumplir una promesa y saciar sus religiosos deseos visitaban á María Santísima de Lourdes.

Compramos nuestras reliquias y después de ponernos de acuerdo con el Sr. Obispo Fierro, nuestro amable y cariñoso Padre, habiendo antes celebrado la misa en la iglesia de en medio, en el altar de la Santísima Virgen, que es el mayor, fuimos á traer una poca de agua para que nos acompañara hasta nuestra Méjico; á las 11 nos despedíamos del Padre Vilchis, que determinó quedarse, y pagando lo que adeudábamos por la cama, desayuno, comida y cena, que eran 8 francos diarios por persona, dimos las correspondientes gracias, y montando en el coche mismo que nos había traído, mediante un franco por cada uno, por los

dos viajes, nos dirigimos á la estación, donde tomamos boleto en segunda clase para Irún, el que costó 13 francos 55 céntimos. Daban las 11.55 cuando avisaban era la hora de partida, y llenos en verdad de gran pena y profunda tristeza, abandonábamos tan precioso y pintoresco lugar y nos contentábamos sólo con dirigir una mirada y ver, aunque de lejos, esos lugares santificados con la aparición de la imagen de la Santísima Virgen María, y donde la gratitud de sus hijos le han levantado esos monumentos impercederos. Por fin, á las cuatro y cuarto nos encontrábamos en *Bayonne*, donde nos traspordamos luego y sin demora seguimos adelante, llegando á los diez minutos á Irún donde está la aduana española, pues es la frontera de esta nación y Francia. Nos presentamos con los equipajes y sólo el del señor Obispo vieron, dejándonos pasar luego á todos; pero siempre mediante la contraseña que con un gis ponen en cada bulto.

Salimos de la Aduana y compramos luego un guía de los ferrocarriles de España, tan interesante para todo viajero, y luego ocupamos el tren que nos debía llevar has-

ta *San Sebastián*, lugar para donde habíamos sacado boleto de segunda clase y el que costó una peseta y cincuenta céntimos, advirtiéndome que en todos los ferrocarriles de España cobran un aumento por la guerra. A las seis y media llegábamos á esta amena población, donde viene á veranear la Reina de España, y donde tiene un precioso palacio en la playa del mar. Al llegar á la estación nos encontramos con los carabineros que parecían más exigentes, pues querían volver á registrar nuestros equipajes y algún trabajo tuvimos para convencerlos. Tomamos luego un coche que por una peseta nos condujo al hotel internacional, donde arregló el Sr. Obispo nos dieran hospedaje. En frente estaba la casa del Sr. Arcipreste, á quien luego fuimos á visitar, mas había salido á la calle y no pudimos tener esa satisfacción. El dueño del hotel, que es un español muy atento, ofrecióse bondadosamente á acompañarnos á visitar la población. Es bastante pequeña, tendrá tan sólo unos 10,000 habitantes; es puerto de mar, lo que contribuye para que haya algún movimiento y sea también de importancia. Fuimos por toda la playa hasta lle-

gar al Palacio de la Reina, donde nos hiciera presente el encargado, que no era posible permitirnos la entrada, por ser ésta la orden terminante que tenía de la Reina. Unos momentos pasamos en su compañía, y regresamos al hotel, yendo antes á agenciar un poco de dinero español, pues traíamos solamente francos; lo que logramos conseguir con el 70 p^g de premio.

A las 8 nos fuimos á cenar y estando en esta urgente operación, notificaron al Sr. Obispo que el Sr. Arcipreste estaba en casa. Violentamente concluimos y hacia á la sala nos dirigimos; hubo un afectuoso saludo mutuo, y entablóse una conversacion algo animada, lamentando la triste situacion por la cual atravesaba la pobre España; ofreciéndonos su casa, así como también la Parroquia, retirándose en seguida para que pudiéramos descansar, comprendiendo que estábamos fatigados por los trabajos del día.

Amaneció el Jueves, 12 de Mayo, muy lluvioso por cierto, y así nos dirigimos á la Iglesia que actualmente está en fábrica, la que es de estilo gótico, bastante elevada y espaciosa, y en donde aunque no abunda el

mármol, sin embargo una cantera de color medio jaspeado, le da una vista bastante primorosa. Cuando llegamos el sacristán estaba en la puerta, prevenido con el agua bendita, y condujo al Ilmo Sr. Obispo al altar mayor, donde estaba listo todo lo indispensable para que pudiera celebrar. A mi me tocó en el altar de Sr. San José, y los demás compañeros en otros distintos altares. A la las 7 habíamos terminado, nos fuimos á desayunar á las 7 y media, y partimos para la Estación, no sin haber antes pagado siete pesetas por cada uno, por la cena y desayuno, siendo perfectamente asistidos y pudiéndose recomendar el hotel por su aseo, limpieza y comodidad.

Cuatro pesetas, 85 céntimos es el precio del pasaje en segunda clase, de esta estación de San Sebastián á la de Zumárraga, habiendo salido á las 8 de la mañana de la primera, para llegar á las 10 á la segunda.

Según las indicaciones que nos habían hecho, ocurrimos á un viejito llamado tío Marcelino, para que nos facilitara un guayín que nos trasportara á Loyola. Ninguna dificultad puso, y en el acto nos fuimos, llegando á las 11 y media, avisando luego á la

fonda que está junto al convento, nos prepararan algunos alimentos. Nos fuimos luego al convento, el que está enteramente aislado en este lugar, teniendo en frente un jardincito; llamamos á la puerta y luego fuimos recibidos, avisando al Padre Procurador quien luego se presentó, y con gusto procedió á enseñarnos todo el convento. A su entrada se encuentra una inscripci6n que literalmente copiado dice: *casa solar de Loyola. Aquí nació San Ignacio en 1491. Aquí visitado por San Pedro y la Santísima Virgen. Se entregó á Dios en 1521.* Penetramos después al interior y vimos una capillita, donde está el lugar en que estuvo San Ignacio cuando vino de Pamplona, herido de la pierna. Hay en este sitio un altar donde celebró su primera misa el apóstol de las Indias, San Francisco Javier, miembro de la respetable Compañía de Jesús. Nos enseñaron también la casulla que usara en esta ceremonia. También vimos una carta auténtica de Santa Teresa, firmada por ella misma.

En una palabra, nos enseñaron cuanto se podía ver en aquel suntuoso edificio que desafía á los siglos, y en el cual están pre-

parándose para salir después á luchar contra el mundo, los que son por éste aborrecidos, y los que tanto bien han hecho á la Iglesia de Jesucristo.

Fuimos luego á comer, pagando cuatro pesetas por persona, y á la una y media regresamos á Zumárraga, á donde llegamos á las tres, pagando á tío Marcelino lo que por el alquiler nos cobrara, siendo en verdad un abuso, pues como no arreglamos antes, tuvimos que dar las 36 pesetas que nos pidió.

A las tres cuarenta y cinco tomamos el tren para Pamplona, á donde llegamos á las ocho de la noche, y como la Estación queda distante de la población, allí mismo nos hospedamos hasta el siguiente día, que salimos á las cuatro y media de la mañana para Zaragoza donde llegamos á las doce y cinco minutos, habiéndonos costado 15 pesetas 60 céntimos, en segunda clase, en el *Hotel Internacional* donde nos condujo un guayín habiendo pagado una peseta por cada uno, y en el mismo momento acompañados por un caballero que bondadosamente se ofreció, nos fuimos á conocer el precioso santuario de la Santísima Virgen del

Pilar, á quien los españoles le dicen por cariño la *Pilarica*. Nos enseñaron unos ornamentos riquísimos y muy antiguos, así como de mucho mérito. Vimos el tesoro consistente en muchos preciosos y ricos objetos regalados por varios devotos, ya por su acendrado amor, ó ya como un presente por algún beneficio recibido de Dios Nuestro Señor, por la poderosa intercesión de *La Pilarica*. Siendo pequeña esta población, pues tan sólo tendrá diez mil habitantes, y no habiendo ni unos monumentos que visitar, en la misma tarde determinamos partir. Al estar en la sacristía del Santuario nos dijeron que los Padres Delgado y González se encontraban hacía dos días en la población. Fué mi tío luego á buscarlos y los encontró, viniendo á saludar al Señor Obispo y á nosotros.



CAPITULO DECIMO NOVENO.

Madrid.—Puerta del Sol.—Museo de Artillería.—Jardín.—Catedral de San Francisco.—Iglesia de San Isidro.—Tarifa de Coches.—Escorial.—Su historia.—Descripción.—Exterior.—Fachadas.—Biblioteca.—Paseo de los convalecientes.—Patio de los Reyes.—Templo.—Frescos.—Altares.—Púlpitos.—Cimborrio.—Antesacristía.—Sacristía.—Coro.—Panteón de los Reyes de España.—Panteón de Infantes.—Iglesia antigua.—Escalera principal.—Camarin de Santa Teresa.—Sala de los secretos.—Palacio.—Sala de batallas.—Habitaciones de Felipa Segundo.—Colegio.—Alrededores del Escorial.

Alas nueve de la noche de este día, 13 de Mayo, viernes por cierto, partieron el Ilustrísimo Señor Obispo Fierro, el Señor Canónigo Romero, mi tío y mi hermana para Madrid, pagando por su boleto en primera clase 39 pesetas 25 céntimos y en segunda 30 y 40, con el re-